

SERMON

SOBRE EL

MODO DE RENOVAR LOS VOTOS CON FRUTO,

PARA LAS RELIGIOSAS URSULINAS DE LA HABANA EN 1849.

Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.

Hallé al que es el amor de mi alma; lo así, y no lo dejaré.

(CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS, cap. III, vers. 4.)

Es inexplicable la dicha que tiene el alma que encuentra el objeto de su amor puro. El énfasis con que la esposa de los cantares declara la manera cómo encontró á este objeto; el modo violento con que se asió de él para que no se le fuese; las várias escenas y tribulaciones en que se vió ántes de lograr tanto bien, nos manifiestan claramente que la posesion de este bien es la mayor felicidad que puede caber al alma que lo conoce, y el estar privado de este bien la mayor desdicha que acaecer pueda á quien haya gustado las delicias del amor divino. Es evidente: apénas advierte la esposa que no le es posible hallar al esposo durante la noche, y reclinada en la cama; apénas ve que no le es concedido verle y hablarle; apénas se encuentra privada de este bien ya conocido, se arroja de su lecho con premura, y no omite diligencia alguna hasta dar con él, que es el amor de su alma; lo encuentra, lo detiene, y asegura que no lo dejará jamás. *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, etc.*

¡Ah religiosas venerables! Quizá comprendéis vosotras mejor que yo lo que encierran en sí estas palabras de la

esposa; porque no hay una sola de vosotras que no haya pasado por los mismos caminos de afliccion que la esposa de los *Cantares* hasta poder hallar al Esposo de vuestras almas y abrazaros con Él, para no separaros jamás. Yo sólo podré delinear ligeramente la gran pintura de una alma enamorada de Dios, quedando para vosotras el trabajo de dar los colores á este cuadro, que no es posible concluir sino es cuando el amor divino ha abrasado completamente el alma. Quería la esposa hallar el objeto de sus cariños en la quietud del lecho, entre los regalos y comodidades; pero no era este el camino por donde había de subir á la union con el Esposo, pues éste es para las almas esposo de sangre, de mortificacion y penitencia.

Pero habiendo empezado á gustar las delicias del amor puro, no pudo sufrir más tiempo la privacion de tanto bien. Se resuelve entónces á abandonar las comodidades de la cama, á arrostrar con todos los rigores y trabajos, á rodear la ciudad, no dejando barrio, plaza ni calle que no registre; y es tan grande la fuerza que este amor ha tomado en el corazon de esta esposa desde el momento en que se ha decidido á abandonarlo todo por amor de su Esposo, que anda por todas partes como extática, creyendo que todos se hallan tan enamorados como ella del Esposo celestial. Encuentra á los guardias y centinelas de la ciudad, preguntándoles si acaso han visto á su amado, sin dar más señas, porque cree que todos lo conocen y todos lo aman. A poco de esta pregunta tiene la esposa la dicha de encontrar al que ama; se abraza á Él, y jura que no lo abandonará jamás. *Tenui eum, nec dimittam.*

¡Qué! ¿No es este el cuadro de las almas que, no hallando al sumo bien entre los regalos y placeres del siglo, conculcan todas sus vanidades y arrostran por todos los trabajos, por tener la inefable dicha de hallar al Esposo celestial, abrazarlo y no separarse jamás de Él? ¿No

es esto cabalmente lo que acontece á las almas heróicas, que dejan el mundo, sus vanidades y locuras, retirándose al cláustro para poder entregarse sin reserva á los deliquios del amor divino, apartadas como están de las falaces delicias del mundo corrompido? ¡Ah, sí! Es un conocido engaño pretender buscar á Dios descansando entre la molicie y regalos del siglo; pues para buscarle de veras, no hay peligro á que no nos hayamos de exponer; todo lo hemos de arriesgar. ¿Quién de vosotras no ha corrido esta era de tribulacion? ¿Quién no se vió precisada á resistir á los más fuertes ataques dirigidos por un padre tierno, por una madre amorosa, á quienes los sentimientos de la naturaleza pintaban vuestra separacion como una ingratitud, como una locura, como un fervor mal entendido, ó quizás por un fanatismo? Pero venció en vosotras la gracia; huísteis del mundo que os brindaba con el dorado lecho de sus vanidades; salísteis de él buscando á vuestro amado; lo hallásteis; le dedicásteis vuestro amor. ¿Qué os resta? Tener siempre presente la resolucion de la esposa de los *Cantares*: no dejar jamás el bien, hallado una vez. *Tenui eum, nec dimittam.*

No debo yo explicar á almas consagradas á Jesucristo los medios con que han de procurar conservar con su Esposo celestial los lazos de amor que las une á Él. Fieles á este amor, vosotras no ignorais cuáles son los medios de conservarlo y aumentarlo. Pero la solemnidad que celebráis en este dia, y que me proporciona á mí el consuelo de dirigir la palabra á almas que profesan amor á Jesus, me está convidando á hablar sobre los grandiosos efectos que debe producir en las almas la renovacion de los votos con que se consagraron al Señor una vez, para ser de Él para siempre. ¿Qué efectos debe producir esta renovacion? Un gran incremento de amor divino. Ved mi asunto, comunidad venerable; ved el objeto de vuestra atencion religiosa, á cuyo fin no podré llegar como de-

seo, si ántes no me ayudais á pedir al Espíritu Santo sus dones, por la intercesion de su más pura y tierna Esposa. Saludémosla, pues, con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Tiene nuestra alma la desgracia de echar en olvido cuanto la interesa verdaderamente, derramando su atencion en los objetos exteriores, y saltando de uno en otro cual mariposa que tiene todo su placer en andar volando de flor en flor, sin detenerse en ninguna. Sí; desde que por el pecado original fué herido nuestro entendimiento y estragada nuestra voluntad, con gran trabajo fijamos nuestra atencion en objetos que abstraigan y prescindan del sentido; con mayor pena aún podemos tener presente la idea de un mundo futuro con sus castigos y recompensas, que han de ser nuestro eterno patrimonio; y, en una palabra, esta carne, en que está encarcelada el alma, nos engendra tanta pesadez para obrar bien, que es preciso llevarla como á remolque, teniendo que decir siempre con San Pablo: «¿Quién me librará de la cárcel de esta carne?» Porque, como dice San Agustin explicando el pensamiento del Apóstol, «nada hay en esta carne donde reside la concupiscencia; nada hay que nos incline al bien; y, por el contrario, no hay cosa que no nos arrastre al mal.» Y resulta de todo esto, que si la Religion no cura con sus auxilios las llagas de esta alma, por necesidad ha de morir eternamente. Mas, curadas una vez estas heridas con el suavísimo bálsamo de los Sacramentos, si el alma no se conserva en la gracia recibida; si no procura cooperar á los designios divinos; si no trabaja en poner un continuo valladar á los ímpetus de las pasiones; si no cierra los sentidos á los objetos exteriores, esta alma se debilita, se enferma, y quizás muere tambien, ó al ménos queda en tal estado de languidez, que se imposibilita para

obrar el bien. Tal es la desgracia ocasionada á nuestras almas por la apostasía del primer hombre.

Pero ¿cuán diferentemente sucede al espíritu humano, cuando reconoce la importancia de su sér, la necesidad de acudir á un Médico divino que la cure y sostenga en la salud adquirida, para no sucumbir eternamente bajo el peso del pecado, que como fiebre continua destruye el alma que le da entrada? Entónces comprendemos que no somos, por nuestra parte, más que miseria y nada; que tenemos que combatir sin cesar contra un enemigo que sin descanso nos sigue, nos asedia y nos tienta; que Dios es nuestro único protector, que puede librarnos de las insidiosas tramas del dragon astuto. Y en vista de esto, no olvidándose jamás de los beneficios recibidos, nuestro corazon se inclina como naturalmente á amar á nuestro Bienhechor; se calienta, se inflama en amor divino, caminando así nuestra alma á la cumbre de la perfeccion. Porque, no lo dudemos, venerable comunidad, nuestra alma no puede estar jamás en estado estacionario. Si por desgracia se inclina á lo malo, va marchando paso á paso hasta llegar al abismo; si sigue los impulsos de la gracia y empieza á caminar hácia el cielo, tambien marcha, ora sea á pasos de niño, ora á pasos de gigante; pero jamás le es dado estarse queda, porque Dios le ha dado la facultad natural de progresar siempre, ó bien para el bien, ó bien para el mal; sucediendo de esto, que unos van caminando al endurecimiento en el mal, y otros á la perseverancia en el bien.

Siendo la tendencia natural de nuestro espíritu el adelantar en todas sus empresas, ¿cuál deberá ser el resultado de la oracion continua, de la elevacion de nuestro espíritu al cielo? El conocimiento más ó ménos perfecto de Dios y de sí mismo. ¡Ah! Cuando un alma conoce á Dios y lo estima en lo que debe, atendida la limitacion de la criatura; cuando despues de haber fijado su

vista en el Sér divino, la vuelve sobre sí misma contemplando su insuficiencia y su nada, podemos llamarla alma dichosa y afortunada. La luz celestial no la abandonará jamás; el movimiento y la acción de esta alma irá caminando de claridad en claridad; Dios será cada vez para ella el objeto más digno de su amor; ella será á sus propios ojos el objeto más vil y despreciable, pues no verá en sí misma sino ingratitudes. Entonces, avergonzada el alma de su poca correspondencia á los favores divinos, hará cada día mayores esfuerzos para corresponderlos: persuadida de su debilidad, se asirá fuertemente de su Dios, y, cual niño que entre los pavorosos ruidos nocturnos se estrecha con su tierna madre, pedirá con lágrimas la protección divina; y, por fin, conocida la belleza infinita del Criador, se tendrán en nada todas las criaturas, con tal que pueda poseer á su Dios.

En efecto: el camino ordinario por donde los grandes Santos han pisado la cumbre de la perfección, no ha sido otro: un conocimiento profundo de la bondad divina los incendia más y más en el deseo de amarla y poseerla, y el mismo conocimiento de su propia nada les obligaba á acudir á Dios sin cesar para no perecer. El primer conocimiento era una gran luz, ante cuyos resplandores todos los objetos transitorios perdían todo su valor, si alguno pueden tener, no quedándoles otro digno de sus miradas, que el Sér eterno é infinito; y el segundo les hacía decir con San Pablo: «No somos capaces de pensar nada de nuestro propio saber, pues toda suficiencia nos viene de Dios.» Explica bien los resultados de este doble conocimiento la esposa de los *Cantares* cuando dice: «Yo duermo, y vela mi corazón; voz del amado, que llama; ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía.» Sobre cuyas palabras quiero fijar vuestra atención, pues nos demuestran el alto grado de amor á que llegan aquellos que con toda su alma huyen de las comodidades y place-

res del mundo, donde no es posible hallar al Esposo celestial, uniendo al conocimiento de las bellezas divinas el de su miseria y su nada; dos grandes ejes en que gira todo el edificio de santidad y virtud.

Preciso es hablar con el testimonio de los Doctores en una materia tan delicada. San Agustín, con otros muchos Padres é intérpretes, entienden por este sueño en que descansa la esposa, la vida quieta y pacífica, libre de ocupaciones y negocios temporales, áun de los lícitos y honestos, de los cuales se aleja enteramente el alma por entregarse totalmente al estudio de la sabiduría celestial y á la total posesión del amor divino. Porque, como explica admirablemente estas palabras el Niseno, «el sueño es imagen de la muerte; él nos ocasiona un olvido total de las solicitudes y cuidados; calma las iras y el temor, y hasta tal punto liga las fuerzas corpóreas, que desaparecen las sensaciones de todos los males.» Grande es, pues, y se ha excedido á sí misma, aquella que dice «yo duermo, y mi corazón vela.» Y en verdad; cuando el alma vive en sí sola y no es perturbada de los sentidos, se encuentra la naturaleza corporal como ligada, y aquella puede verdaderamente decir «que duerme en ella la vista, que duerme el oído, que duerme el gusto, que duermen, por fin, todos los sentidos, porque todos están muertos á las cosas exteriores, no ocupándose el alma sino en cosas que son superiores á la razón.» ¡Ah! Esta doctrina tan sublime es una emanación de aquella que poseyera aquel gran orador que, con voz más que humana, gritaba á los fieles recién convertidos: «Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque vosotros estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.» Sí; una vocación bien correspondida tiene que producir en el alma esta vida celestial en que el cuerpo se halla enfrenado. No faltan en esta vida perfecta grandes combates; la parte inferior del alma no deja de levantar su cabeza